

I

Montana Kid se desembarazó de sus zahones y sus espuelas y se sacudió el polvo de las cordilleras de Idaho por dos motivos. En primer lugar, la intrusión de una civilización severamente ética, sobria y formal había destruido el estado primitivo de los pastos para ganado del oeste y la sociedad refinada no veía con buenos ojos a los hombres como él. En segundo lugar, en uno de sus momentos ciclópeos, los suyos habían ampliado la frontera en varios miles de kilómetros. De esa forma, haciendo gala de una previsión instintiva, la sociedad madura buscó sitio a sus miembros adolescentes. Ciertamente, el nuevo territorio era en su mayoría un páramo vacío y yermo, pero sus varios cientos de miles de kilómetros cuadrados de frialdad al menos permitían respirar a quienes en casa se habrían ahogado.

Montana Kid era uno de ellos. Se dirigió a la costa con una prisa que podría deberse a la persecución de varias cuadrillas de la ley y, con más valor que recursos económicos, consiguió zarpar desde un puerto del estrecho de Puget, tras lo que se las arregló para sobrevivir a los sufrimientos impuestos por los mareos y la comida del viaje en tercera clase. Cuando, un día de principios de año, desembarcó en la playa de Dyea, estaba muy desmejorado y tenía mal color, pero seguía siendo tan indómito como siempre. Entre el precio de los perros, la comida, el equipo y las exacciones aduaneras de los dos gobiernos enfrentados, enseguida comprendió que la región septentrional distaba mucho de ser la meca del pobre. Así que miró a su alrededor en busca de alguna forma de lograr un provecho rápido. Entre la playa y los pasos de montaña se dispersaban muchos miles de vehementes peregrinos, a los que Montana Kid decidió trabajar. Empezó por repartir las cartas para jugar al faro en una casucha de pino dedicada al juego, pero la desagradable necesidad lo obligó a poner un repentino punto final a esa etapa y echarse al camino. Luego acaparó el mercado de los clavos para herraduras, que llegaron a circular como moneda legal con un valor de cuatro clavos por dólar hasta que una inesperada remesa de cien barriles hundió el mercado y lo obligó a deshacerse de sus existencias con pérdidas. Después se instaló en Sheep Camp, organizó a los porteadores y en un solo día hizo aumentar el precio de la carga en veinte centavos. Como muestra de su gratitud, los porteadores empezaron a frecuentar sus garitos de faro y ruleta, donde con sumo gusto se veían privados de sus ganancias. Pero el negocio crecía tanto que no podía durar mucho tiempo, de manera que una noche arremetieron contra él, quemaron su casucha, se repartieron la banca y lo obligaron a echarse al camino con los bolsillos vacíos.

La mala suerte lo acompañaba. Se comprometió con personas responsables para pasar por la frontera whisky de contrabando utilizando rutas desconocidas y peligrosas, perdió a sus guías indios y la Policía Montada le confiscó la primera remesa. Un buen número de desgracias similares lo convirtieron en un hombre amargado y fuera de control, por lo que celebró su llegada al lago Bennett aterrorizando al campamento durante veinte horas seguidas. Después, la asamblea de mineros [se refiere a las asambleas que se celebraban en los campamentos mineros para resolver disputas, establecer leyes e imponer castigos; quedaron prohibidas al fundarse los tribunales federales y territoriales] lo metió en cintura y le ordenó que se esfumara. El sentía un gran respeto por dichas asambleas y se dio tanta prisa en obedecer que, sin darse cuenta, desapareció guiando la trailla de perros de otro hombre. En un clima más benigno, aquello equivalía a robar caballos, por lo que solo se acercó a los lugares más alejados mientras cruzaba el lago Bennett y luego el Tagish, y montó su primer campamento a más de ciento sesenta kilómetros al norte.

Resultó que, como ya se acercaba la primavera, muchos de los ciudadanos más importantes de Dawson viajaban hacia el sur antes del deshielo. Se encontró y charló con ellos, tomó nota de sus nombres y posesiones y continuó camino. Tenía buena memoria, mucha imaginación y la veracidad no se encontraba entre sus virtudes.

II

Dawson, siempre ávido de noticias, contempló el trineo de Montana Kid acercarse Yukón abajo y salió al hielo a recibirlo. No, no traía periódicos; no sabía si ya habían colgado a Durrant ni quién había ganado los juegos de Acción de Gracias; no se había enterado de si Estados Unidos y España estaban en guerra; no tenía idea de quién era Dreyfus, pero ¿O'Brien? ¿No estaban enterados? O'Brien se había ahogado en los rápidos de White Horse y Charley el de Sitka era el único miembro del grupo que se había salvado. ¿Joe Ladue? Las dos piernas congeladas y amputadas en Five Fingers. ¿Y Jack Dalton? Saltó por los aires en el Sea Lion con el resto del personal. ¿Y Bettles? Víctima del naufragio del Carthagina en el estrecho de Seymour: solo veinte supervivientes de trescientos. ¿Bill Aguasbravas? Se coló a través del hielo corrompido del lago Le Barge junto con seis mujeres integrantes de la compañía de baile a la que escoltaba. ¿El gobernador Walsh? Perdido con todos sus hombres y ocho trineos en el Thirty Mile. ¿Devereaux? ¿Quién era Devereaux? ¡Ah, el correo! Lo mataron los indios en el lago Marsh.

Y así continuó. Empezó a circular la noticia. Los hombres se abrían paso a empujones para preguntar por sus amigos y socios y luego eran empujados a su vez, demasiado aturridos para quejarse. Cuando Montana Kid llegó al banco lo rodeaban varios cientos de mineros envueltos en pieles. Cuando pasó por delante del cuartel, ya era el centro de una procesión. En el salón de baile se había convertido en el núcleo de una turba alborotada cuyos miembros se peleaban para tener la oportunidad de preguntar

por algún compañero ausente. En todas partes lo invitaban a beber. Nunca antes el Klondike había abierto sus brazos a un chechaquo de aquella manera. Todo Dawson murmuraba. Semejante serie de catástrofes no se había dado nunca en su historia. Todos los hombres destacados que habían viajado al sur en primavera ya no estaban, habían desaparecido. Las cabañas vomitaban a sus ocupantes. Hombres de ojos desorbitados bajaban desde los arroyos y las gargantas para ver al sujeto que contaba semejantes desastres. La esposa medio rusa de Bettles se acercó a la chimenea, inconsolable, meciendo su cuerpo hacia delante y hacia atrás, mientras arrojaba las cenizas blancas sobre su cabello como ala de cuervo. La bandera del cuartel de la Policía ondeaba triste a media asta. Dawson lloraba la muerte de los suyos.

Es imposible saber por qué Montana Kid hizo lo que hizo. Tampoco se puede aventurar una explicación, más allá de que en su interior no albergaba la verdad. Pero durante cinco días enteros los mantuvo a todos hundidos en el dolor y los lamentos, y durante cinco días fue el único hombre del Klondike. La región entera le ofreció su mejor alojamiento y comida. Los bares le otorgaron acceso gratis a sus barras. Los hombres lo buscaban sin descanso. Los funcionarios más importantes se doblegaban ante él para obtener más información y el capitán Constantine y sus hombres le ofrecieron un banquete en el cuartel. Hasta que un día, Devereaux, el correo del Gobierno, detuvo sus agotados perros delante de la oficina del comisario del oro. ¿Muerto? ¿Quién dijo eso? Que le diesen un filete de alce y ya verían lo muerto que estaba. ¡Pero si el gobernador Walsh se encontraba acampado en el Little Salmón y O'Brien llegaría en cuanto se derritiera por completo el hielo! ¿Muerto? Que le diesen un filete de alce, que ya verían.

Dawson alzó el tono de sus murmullos. La bandera del cuartel recuperó su lugar en lo más alto del mástil y la mujer de Bettles se lavó y se puso ropa limpia. La comunidad indicó con sutileza su deseo de que Montana Kid se borrara por completo del paisaje. Montana Kid, como siempre, desapareció guiando los perros de otro hombre. Dawson se alegró al verlo alejarse Yukón abajo y le deseó feliz viaje hasta el destino final del pecador insensible. Después el dueño de los perros puso manos a la obra, presentó una queja ante Constantine y este le prestó un policía para que lo acompañase.

III

Con la idea de llegar hasta Circle City y el último hielo desmenuzándose bajo sus patines, Montana Kid aprovechó que los días eran más largos y amplió las jornadas de viaje de sus perros. Además, estaba seguro de que el dueño de los susodichos lo seguía, por lo que deseaba llegar a territorio norteamericano antes de que el río se deshela. Pero la tarde del tercer día le dejó claro que había perdido la carrera contra la primavera. El Yukón rugía e intentaba liberarse de sus cadenas. Era necesario dar grandes rodeos porque el camino había empezado a deshacerse y caer sobre la veloz corriente que fluía por debajo, mientras que el hielo, ya imparable, retumbaba al romperse en grietas enormes. A través de ellas y de los incontables

respiraderos, el agua ascendía y cubría la superficie del hielo. Para cuando se metió en la cabaña de un leñador situada en la punta de una isla, los perros ya casi nadaban más que corrían. Los dos residentes lo recibieron con acritud, pero el desató a los perros y se dedicó a cocinar.

Donald y Davy eran buenos especímenes del inútil fronterizo. Nacidos en Canadá, de origen escocés y criados en ciudad, en un momento de insensatez habían dimitido de su puesto en una contaduría, retirado sus ahorros del banco y puesto rumbo hacia el Klondike. Ahora sufrían lo peor de la región. Sin comida, sin ánimo y deseando volver a casa, la compañía P. C. los obligaba a quedarse para cortar leña a fin de aprovisionar sus vapores, con la promesa de regalarles al final un pasaje de vuelta al hogar. Sin tener en cuenta la posibilidad del deshielo, habían demostrado adecuadamente su inutilidad al elegir la isla en la que se establecieron. Montana Kid, aunque poco sabía de cómo se fracturaba y descomponía un río tan grande, miró a su alrededor sin tenerlas todas consigo y observó con anhelo la lejana orilla donde los elevados riscos prometían inmunidad frente a todo el hielo de la región septentrional.

Tras alimentar a los perros y comer él también, encendió la pipa y se fue a dar un paseo para hacerse una idea mejor de la situación. La isla, como todas sus hermanas del río, se elevaba más en la punta que daba al cauce alto, y allí era donde Donald y Davy habían construido su cabaña y apilado muchas cuerdas de leña. La orilla más alejada se encontraba a casi dos kilómetros de distancia, mientras que entre la isla y la ribera más próxima se abría un remanso que podía medir cien metros de ancho. En cuanto lo vio, Montana Kid sintió la tentación de coger sus perros y huir a tierra firme, pero al observarlo mejor descubrió que una corriente rápida empezaba a inundarlo desde la zona alta. Por abajo, el río giraba hacia el oeste de forma abrupta y en la curva un laberinto de islas diminutas tachonaba su seno.

“Ahí se formará la barrera”, se dijo a sí mismo.

Media docena de trineos que evidentemente se dirigían curso arriba hacia Dawson atravesaban el agua helada salpicando en dirección a la cola de la isla. Viajar por el río pasaba de resultar precario a imposible y todos fueron muy igualados hasta que llegaron a la isla y siguieron el sendero hecho por los leñadores hasta la cabaña. Uno de ellos, cegado por el reflejo de la nieve, se dejaba remolcar indefenso en uno de los trineos. Eran tipos jóvenes y fornidos, con vestimentas toscas y gastadas por el uso en el camino; sin embargo, Montana Kid se había tropezado antes con hombres como aquellos y enseguida supo que no eran como él.

—Hola, ¿cómo está el camino a Dawson? —preguntó el líder, paseando la mirada sobre Donald y Davy para detenerla en Montana Kid.

Un primer encuentro en medio de la nada no suele caracterizarse por su formalidad. Enseguida empezaron a charlar y a intercambiar noticias sobre las regiones altas y

bajas. Pero los recién llegados tenían poco que contar porque habían pasado el invierno en Minook, mil seiscientos kilómetros cauce abajo, donde no ocurría nada. Sin embargo, Montana Kid había llegado hacía poco desde la costa y se lo anexionaron mientras montaban el campamento, preguntándole toda clase de cosas sobre el exterior, del que llevaban un año aislados.

El ruido de algo al partirse se elevó sobre el rugido del río y los atrajo a todos a la orilla. La cantidad de agua que había en la superficie era mucho mayor y el hielo, asediado desde arriba y desde abajo, luchaba por librarse de la opresión de las orillas. Las grietas reverberaron y cobraron vida ante sus ojos, mientras el aire se llenaba de una infinidad de crujidos secos e intensos, como el sonido que asciende desde la línea de fuego en un día claro.

Desde el cauce alto del río, dos hombres dirigían una trailla de perros hacia ellos, sobre un trecho de hielo al que las aguas no habían cubierto aún. Pero en ese momento, mientras miraban, los dos empezaron a chapotear. Tras ellos, donde un minuto antes habían pisado, el hielo se rompió y volcó. El río ascendió por el agujero abierto y les cubrió hasta la cintura, enterrando el trineo y arrastrando a los perros en una maraña que se ahogaba. Pero los hombres detuvieron su huida para dar una oportunidad a los animales y se lanzaron a tientas en medio de la fría confusión, cortando los tirantes que os retenían con sus cuchillos de monte. Luego se abrieron camino como pudieron hasta la orilla entre los remolinos de agua y las placas de hielo, donde Kid fue el primero en saltar al rescate sorteando los fragmentos rechinantes.

—¡El cielo me valga, pero si es Montana Kid! —exclamó uno de los hombres al que Kid ayudaba a alcanzar la parte alta de la orilla. Llevaba la casaca escarlata de la Policía Montada y levantó la mano derecha a modo de saludo jocoso—. Tengo una orden de captura contra ti, Kid —añadió mientras sacaba un papel empapado del bolsillo del pecho—. Espero que nos acompañes sin oponer resistencia.

Montana Kid miró hacia el caos que era el río y se encogió de hombros. El policía siguió su mirada y sonrió.

—¿Dónde están los perros? —preguntó su compañero.

—Caballeros —interrumpió el policía—, el hombre que me acompaña es Jack Sutherland, propietario de Eldorado Veintidós...

—¿No serás el Sutherland del 92? —interrumpió el hombre de Minook cegado por la nieve, mientras tanteaba sin fuerza en su dirección.

—El mismo. —Sutherland le estrechó la mano—. ¿Y tú eres?

—Oh, yo llegué más tarde, pero te recuerdo de mi año de novato. Tú ya estabas con el

postgrado. Muchachos —exclamó, girándose hacia los otros—. Éste es Sutherland, Jack Sutherland, fullback del equipo de la universidad. Venid, buscadores de oro, y lanzaos sobre él. Sutherland, este es Greenwich, que jugó de quarterback hace dos temporadas.

—Sí, leí la crónica del partido —dijo Sutherland mientras le estrechaba la mano—. Y recuerdo la impresionante carrera que hiciste en el primer touchdown.

Greenwich se puso colorado bajo el moreno de la piel y le costó dejar paso a otro.

—Y éste es Matthews, hombre de Berkeley. También tenemos ejemplares de primera llegados del Este. Venid aquí, los de Princeton. Vamos, este es Sutherland, ¡Jack Sutherland!

Entre todos lo rodearon, se lo llevaron al campamento y le proporcionaron ropa seca y varias tazas de té negro.

Donald y Davy, al ver que nadie les hacía caso, se habían retirado a jugar a las cartas como todas las noches. Montana Kid siguió sus pasos, junto con el policía.

—Tenga, póngase algo seco —le dijo, sacando la ropa de su exiguo equipo—. Creo que también le va a tocar dormir conmigo.

—Te lo agradezco —dijo el policía mientras se ponía los calcetines del otro—. Siento tener que llevarte de vuelta a Dawson, pero espero que no sean muy estrictos contigo.

—No se dé tanta prisa. —Kid sonreía de una forma extraña—. Aún no estamos en camino. Cuando me marche, lo haré río abajo y me parece que es muy probable que usted venga conmigo.

—No, si no me equivoco de...

—Acompáñeme afuera y se lo explicaré. Estos inútiles —dijo mientras señalaba a los dos escoceses por encima del hombro— metieron la pata hasta el fondo al establecerse aquí. Pero antes llene su pipa, que no está nada mal este tabaco, y disfrute mientras pueda. No le quedan por delante muchas oportunidades de fumar.

El policía se fue con él lleno de curiosidad, mientras Donald y Davy dejaban las cartas y los seguían. Los hombres de Minook, al ver que Montana Kid señalaba primero al cauce alto del río y luego al bajo, se acercaron también.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sutherland.

—Poca cosa. —Kid sabía mostrarse indiferente—. Algo tan imposible de evitar como

que haga calor en el infierno. ¿Veis esa curva de allí? Pues es donde millones de toneladas de hielo van a formar una barrera. También se formarán barreras en las curvas del cauce alto. Millones de toneladas de hielo se acumularán. Si la barrera de arriba se rompe antes y la de abajo aguanta, ¡zas! —Con la mano, barrió la isla del mapa—. Millones de toneladas —repitió con voz reflexiva.

—¿Y toda la madera que hemos apilado? —preguntó Davy.

Kid repitió el gesto que arrasaba la isla y Davy se lamentó:

—¡Varios meses de trabajo! No puede ser. No, no, amigo, no puede ser. Es una broma. Sí eso, una broma —insistió.

Pero cuando Kid soltó una carcajada severa y se dio la vuelta para irse, Davy se lanzó hacia la madera apilada y, frenético, empezó a apartar los troncos de la orilla.

—¡Échame una mano, Donald! —gritó—. ¿Es que no me vas a ayudar? ¡Es el trabajo de varios meses y nuestro billete de vuelta a casa!

Donald lo agarró del brazo y lo sacudió, pero él se soltó.

—¿No lo has oído? —preguntó Donald—. De nada servirá.

Sin embargo, Davy volvió a ocuparse de las cuerdas de madera. Donald regresó a la cabaña, se puso su cinturón del dinero y el de Davy, y se fue al extremo de la isla donde la tierra se elevaba más y donde un pino muy alto sobresalía por encima de sus compañeros.

Los hombres que se encontraban delante de la cabaña oyeron el ruido de su hacha y sonrieron. Greenwich regresó del otro extremo de la isla y les dijo que estaban acorralados. Era imposible cruzar el remanso. El ciego de Minook empezó a cantar y los demás lo acompañaron:

¿Será verdad?

¿O una falsedad?

¿Qué opinas tú?

Oh, ¿será verdad?

—No tiene gracia —se quejó Davy, levantando la cabeza para verlos bailar a la luz de los rayos ya inclinados del sol—. Qué desperdicio de madera.

Oh, ¿será verdad?

Fue la única respuesta que obtuvo.

El ruido del río cesó de repente. Una calma extraña los envolvió. El hielo se había desgarrado de las orillas y flotaba por encima de la superficie del río, cuyo cauce aumentaba cada vez más. Continuó subiendo, veloz y en silencio, durante seis metros, hasta que los enormes bloques rozaron suavemente la parte más alta de la orilla. La cola de la isla, al encontrarse a un nivel más bajo, quedó sobrepasada. Luego, sin esfuerzo alguno, la blanca inundación empezó a moverse cauce abajo. El ruido iba aumentando junto con el impulso y pronto la isla entera se estremecía y temblaba por las sacudidas de los icebergs que chirriaban. Debido a la presión, los bloques gigantescos, que pesaban cientos de toneladas, salían despedidos y saltaban como si fuesen guisantes. La fría anarquía se desbocaba cada vez más y los hombres tenían que gritarse al oído para poder oírse. A veces el estruendo del remanso se percibía por encima del tumulto. La isla vibró debido al impacto de un bloque gigantesco que se clavó directamente en la punta. Arrancó de raíz una veintena de pinos, se balanceó con fuerza de un lado al otro y hacia arriba, levantó su base embarrada del lecho del río y se abalanzó sobre la zona de la cabaña, cortando la orilla y los árboles como un cuchillo gigantesco. Solo rozó una esquina de la casucha, pero los troncos apilados se ladearon como si fueran cerillas y la estructura, cual casita de juguete, se derrumbó por completo.

—¡El trabajo de varios meses! ¡El trabajo de varios meses y nuestro billete de vuelta a casa! —se quejó Davy, mientras Montana Kid y el policía lo apartaban a rastras de los montones de leña.

—En su momento tendrás más oportunidades de volver a casa —gritó el policía, dándole un tortazo que lo hizo volar por los aires y lo puso a salvo.

Donald, desde lo alto del pino, vio el devastador iceberg llevarse a su paso las cuerdas de madera y desaparecer cauce abajo. Como si el daño hecho le hubiese bastado, la riada de hielo recuperó su nivel anterior y empezó a aflojar el paso. El ruido también disminuyó y los otros pudieron oír a Donald gritar desde su nido de águila para que mirasen río abajo. Como Montana Kid había pronosticado, se formó una barrera entre las islas de la curva y el hielo se apilaba en la gran presa que se extendía de orilla a orilla. El río se detuvo y el agua, al no encontrar salida, empezó a subir. Ascendió con fuerza hasta inundar la isla, mientras los hombres chapoteaban con el agua hasta las rodillas y los perros nadaban hacia las ruinas de la cabaña. En ese punto se inmovilizó, sin subidas o bajadas perceptibles del cauce.

Montana Kid movió la cabeza, preocupado.

—Se ha formado una presa arriba y ya no baja más.

—El riesgo está en ver qué barrera se rompe primero —añadió Sutherland.

—Exacto —afirmó Kid—. Si se rompe antes la presa de arriba, no tendremos ni la más mínima oportunidad. Lo arrastrará todo a su paso.

Los hombres de Minook se alejaron en silencio, pero pronto las notas de Rumsy Ho se apoderaron del aire tranquilo, seguidas de Naranja y negro, una de las canciones más cantadas en Princeton. Hicieron sitio en su círculo para Montana Kid y el policía, que enseguida se adaptaron al ritmo de los coros mientras pasaban de una melodía a otra.

—Donald, ¿no me vas a echar una mano? —gimoteaba Davy al pie del árbol al que su compañero se había subido—. Donald, amigo, ¿es que no me vas a ayudar? —repitió quejumbroso, con las manos sangrando debido a su vano intento de escalar el tronco resbaladizo.

Pero Donald miraba fijamente a la parte alta del río. De repente, se oyó su voz llena de miedo decir:

—¡Dios Todopoderoso, ahí viene!

De pie, con el agua helada hasta las rodillas, los hombres de Minook, con Montana Kid y el policía, se agarraron de las manos y elevaron las voces para cantar el funesto Himno de batalla de la República. Pero el estruendo en movimiento ahogó la letra.

A Donald se le concedió contemplar una imagen que ningún hombre puede ver y seguir con vida. Una pared gigantesca de blancura se abatió sobre la isla. Árboles, perros y hombres desaparecieron, como si la mano de Dios hubiese limpiado por completo la faz de la naturaleza. Eso fue lo que vio, después se balanceó un instante más en su atalaya y se precipitó al infierno de hielo.